

Lucía Miranda, un mito protonacional en varias lenguas: latín, castellano, francés e inglés.

Algunos antecedentes del *Siripo* de Lavardén y de las *Lucía Miranda* de 1860.

María Rosa LOJO¹

Universidad de Buenos Aires

Universidad del Salvador

Consejo Nacional de Investigaciones

Científicas y Técnicas

Resumen: En 1860 aparecen en Buenos Aires dos obras con casi el mismo título. *Lucía* y *Lucía Miranda* escritas, respectivamente, por Eduarda Mansilla (1834-1892) y Rosa Guerra (1804-1864). Son las primeras novelas de una verdadera saga que había comenzado con la crónica de Ruy Díaz de Guzmán —cuando de la Argentina sólo existía el nombre— y que concluirá con la *Lucía Miranda* (1929) de Hugo Wast. El episodio de *Lucía Miranda*, posiblemente inventado por el primer cronista, se instituye así en “mito de origen” que pretende explicar el comienzo de la discordia entre indios y conquistadores, transformando la guerra de conquista en un enfrentamiento por el amor de una dama española. Los historiadores jesuitas retomarán esta historia en tres idiomas: latín (*Del Techo*), castellano (*Lozano y Guevara*) y también francés (*Charlevoix*) y la moldearán según su personalidad, y los debates propios de su tiempo y su cultura. También reaparecerá la historia en lengua inglesa: un drama de Thomas Moore (1718) sobre “Mangora, rey de los timbúes”, la refleja explícitamente. “*La tempestad*” (1611) de Shakespeare sigue planteando un enigma a los estudios de literatura comparada.

Palabras clave: *Lucía Miranda*- crónica- historiadores jesuitas- dramas en inglés.

Abstract: Two works with nearly the same title, are published in Buenos Aires in the same year: 1860. They are *Lucía*, and *Lucía Miranda*, written, the first, by Eduarda Mansilla (1834-1892), and the second, by Rosa Guerra (1804-1864). These are also the first novels of a genuine

¹ Este trabajo es parte de una investigación mucho más extensa, dirigida por mí, y realizada para la edición académica de la *Lucía Miranda* de Eduarda Mansilla (Lojo y equipo, 2007). Colaboraron en ella las investigadoras: Marina Guidotti (asistente de dirección), Hebe Molina, Claudia Pelossi, Laura Pérez Gras y Silvia Vallejo.

legend that had began with Ruy Díaz de Guzmán's chronicle —when the Argentine republic was only a literary name— and that will end with the *Lucía Miranda* (1929) by Hugo Wast. The episode of *Lucía Miranda*, probably made up by the first chronicler, turns so into a “myth of origins” that intends to explain the beginnings of enmity between conquerors and American natives by showing the conquest war as a struggle for a Spanish lady's love. The Jesuit historians will rewrite this story in three languages: Latin (*Del Techo*), Spanish (*Lozano, Guevara*), and French (*Charlevoix*); they will mould it according to their individual personalities and the main issues of their epoch and culture. The story will also reappear in English: a play by Thomas Moore (1718) about “*Mangora, King of the Timbusians*”, reflects it explicitly. Its relationship with “*The Tempest*” (1611) by William Shakespeare, is still enigmatic for those devoted to *Compared Literature Studies*.

Key words: *Lucía Miranda- chronicle- Jesuit historians- English dramas.*

En 1860 aparecen en Buenos Aires dos obras con casi el mismo título. *Lucía* y *Lucía Miranda* escritas, respectivamente, por Eduarda Mansilla (1834-1892) y Rosa Guerra (1804-1864). Son las primeras novelas de una verdadera saga que había comenzado con la crónica de Ruy Díaz de Guzmán —cuando de la Argentina sólo existía el nombre—, y que continuó en las Historias de los padres jesuitas y en algunos dramas. El episodio de *Lucía Miranda*, posiblemente inventado por el primer cronista, se instituye en verdadero “mito de origen” que pretende explicar el origen de la discordia entre indios y conquistadores, y que también fija, para las mujeres, un rol social tan difícil como por momentos peligroso: el de mediadoras entre culturas, o entre Naturaleza y Cultura, o entre Civilización y Barbarie.

Examinaremos aquí las relaciones entre la crónica, los textos historiográficos (en castellano, latín y francés), y dos obras en lengua inglesa: un olvidado drama de un también ignoto Thomas Moore, y la célebre *The Tempest* shakespeariana que no deja de plantear enigmas a la comparatística. Nos detendremos —por razones de espacio— a las puertas de la literatura nacional, antes de abordar el *Siripo* de Manuel de Lavardén.²

Primera aparición de “*Lucía Miranda*”. *La Argentina manuscrita*

Hacia 1612 se habían concluido los *Anales del descubrimiento, población y conquista de las Provincias del Río de la Plata*, obra que se conoció luego —por su modo de circulación— como “*La Argentina manuscrita*”³. Desde el inicio, su autor, Ruy Díaz de Guzmán (Asunción, c. 1558-1629)⁴, asume la escritura de esta historia “en el nombre del padre”, como deber filial de hijo primogénito (“al cabo de cincuenta años falleció de esta vida, dejándome en ella con la misma obligación como a primogénito suyo...”, Díaz de

² Extensas consideraciones sobre esta obra pueden leerse en Lojo y equipo (2007, 50-54).

Guzmán, 1974, 29) y en esa calidad ofrece su “humilde y pequeño libro” a Don Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno, duque de Medina Sidonia, cabeza viviente del linaje de los Guzmanes.

No es éste el único linaje del que Ruy Díaz se enorgullece: también es nieto, por parte de su madre, Úrsula, de Domingo de Irala, conquistador y gobernador del Paraguay, una de las figuras más exaltadas en sus *Anales*. Sin embargo, contaba con otros antepasados maternos a los que no menciona jamás. La madre de Úrsula, su abuela N. Coya Tupanambe, era una aborígen guaraní, bautizada como “Leonor” (Otálora, 1967, 34-35, y 1970, 126).

No sabemos qué memoria íntima pudo guardar Ruy Díaz de su sangre indígena. En sus páginas habla, aparentemente, un sujeto cultural español, que promete contar “aquel descubrimiento, población y conquista”, emprendido por “nuestros españoles” (*LAM*, 29). El hijo de Don Alonso Riquelme, el nieto de Irala, repitió las vidas azarosas y guerreras de su padre y de su abuelo: peleó contra los Siete Jefes Mestizos, fundó ciudades, fue funcionario de la Corona, trató —inútilmente— de colonizar a los belicosos aborígenes chiriguano. Sin embargo, en ese sujeto hispánico ya se adivinan las tensiones, las ambivalencias, los desdoblamientos, del sujeto colonial (Cros, 1997, 61). No sólo porque, por primera vez, Ruy Díaz habla de la “patria”, no como la “tierra de los padres” (la del suyo, él no la conocería nunca), sino como el suelo en donde se ha nacido (*LAM*, 32-33); además, son marcados los rasgos de “sobreactuación” de su escritura. Ruy Díaz, a fuer de mestizo, “sobreactúa” como narrador español frente a los “naturales” o los “bárbaros”. Y el relato de Lucía Miranda es, acaso, uno de los frutos más notables de esta sobreactuación, que implica, también, una omisión y una borradura parcial de la (de su) “verdadera historia”.

El episodio que cuenta Ruy Díaz se inserta en los Capítulos VI y VII del Libro I de *La Argentina manuscrita*, dentro de la expedición del marino veneciano Sebastián Caboto⁵. No hay prueba documental alguna en cuanto a la existencia de los hechos y personajes consignados aquí. La expedición de Caboto, primera en fundar un asentamiento en el Río de la Plata, tenía prohibido llevar mujeres, y no consta que se hubiese infringido esta prohibición. Muchos detalles del episodio narrado (desde la fecha de la partida, hasta el supuesto regreso de Caboto a Europa antes de la destrucción del Fuerte Sancti Spiritus)⁶ son inexactos. Pero la potencia de la fábula, su capacidad justificadora y legitimadora,

³ La publicó por primera vez en 1836 el erudito napolitano Pedro De Angelis en su memorable “Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata” (Díaz de Guzmán, 1969). Tomo las citas del texto de la edición de Gandía (Díaz de Guzmán, 1974). De aquí en adelante abrevio esta edición como *LAM*.

⁴ Hay antecedentes, en idioma español, a la crónica de Ruy Díaz, pero se trata de historias generales de las Indias, en las que se dedica algún capítulo al Río de la Plata, como la Segunda Parte de la *Historia general y natural de las Indias*, de Fernández de Oviedo (que se basa en las relaciones de Álvar Núñez Cabeza de Vaca), la *Historia general de las Indias* (1552), de López de Gómara, o la *Historia general* (1601-1615) de Antonio de Herrera (Madero 1902, “Prólogo”). El lansquenete Ulrich Schmidl, que llegó con la expedición de Mendoza y no se ocupó en su relato de sus predecesores, publicó en 1567 una crónica en alemán.

permitió sin duda que continuara viva en el imaginario literario y que por mucho tiempo se la creyera histórica.

Ruy Díaz entra en materia en el Capítulo VII, cuando la supuesta guarnición permanece en el fuerte, tras la partida de Caboto a España. La convivencia entre los españoles y los aborígenes de la zona (timbúes) se desarrolla sobre carriles pacíficos, aunque señalada por cierta asimetría. Los timbúes, “jente labradora”, proveen a los españoles de comida, sin que se especifique lo que los españoles dan a cambio, salvo el “amoroso tratamiento” brindado por “Lucía de Miranda”⁵ al cacique, lo que provoca en él “un desordenado amor” (que no debía serlo tanto de acuerdo con los códigos culturales de una sociedad poligámica, donde era común el intercambio de mujeres por dones de cualquier índole). Para la óptica cristiana, Mangoré⁸ malinterpreta el amor casto de Lucía y cae en el “defecto” típico del “bárbaro”: paradójicamente, el “exceso” que sobrepasa los límites⁹ del pudor y la conveniencia. Persuade a su hermano Siripó para invadir el fuerte (mediante el ardid del “presente griego”, esta vez, regalos de víveres). Siripó, después de poner algunos reparos, accede, y el ataque a traición se realiza durante la noche. Mangoré resulta muerto por don Nuño de Lara. Siripó vence finalmente, y se queda con Lucía y unos pocos prisioneros (mujeres y niños). Primero la toma como esclava, pero luego se enamora de ella, y le ofrece matrimonio con las más galantes razones, las cuales, sin embargo, “aflijieron sumamente a la triste cautiva” (1974, 84), que no quería verse “poseída de un bárbaro” (83). La situación empeora cuando reaparece Sebastián, que había salido del fuerte en busca de víveres. Siripó pretende matarlo, pero al interceder Lucía, le perdona la vida, le da otra mujer —timbú— y lo acepta dentro de la comunidad como

⁵ Según Enrique de Gandía (Díaz de Guzmán, 1974, 73, nota 95) el apellido verdadero, de origen genovés, es Caboto. En el siglo XVII se difundió la forma “Gaboto” que es errónea. Caboto (cr. 1476-1557) nació probablemente en Venecia. Se desempeñó como cartógrafo para el rey Enrique VIII de Inglaterra y para su entonces aliado contra los franceses, el rey católico Fernando II de Aragón. A partir de 1512 decidió prestar servicios para España, donde fue designado en 1518 como piloto mayor, y comisionado por el rey Carlos I como capitán general de la Armada, según la Real Cédula del 24 de noviembre de 1525, para realizar una expedición que fuera derechamente hacia las Malucas y se reuniese con el comendador Loaisa, que había partido de La Coruña en esa dirección, y lo favoreciese y ayudase “en lo que ambos viéredes que conviene á nuestro servicio y á la seguridad de las dichas nuestras armadas y contratación; y después que aquélla quede bien y en orden, demás de que, como sabéis, en las dichas islas podréis cargar de especiería y de cosas ricas y de valor”. Real Cédula del 24 de noviembre de 1525 (Medina 1908, 92).

⁶ Para una detallada comparación entre lo que Ruy Díaz cuenta y lo que se halla documentado y comprobado, ver Lojo y equipo (2007, 26-29).

⁷ En los autores que de aquí en adelante traten el personaje y el tema, encontraremos una continua fluctuación entre “Lucía Miranda” y “Lucía de Miranda”; en este segundo caso puede buscarse resaltar un supuesto origen noble de la mujer española. Por lo demás, Ruy Díaz no proporciona ningún dato en cuanto a la vida anterior de Sebastián y Lucía en España, salvo señalar que ambos son “naturales de Ecija”. La primera autora que expandirá enormemente el pasado ignoto de Lucía y la dotará de un espesor temporal inédito es Eduarda Mansilla. Por Ruy Díaz sólo sabemos que los esposos llegaron en la expedición de Caboto.

⁸ En los diversos relatos del episodio los nombres de los caciques sufren variantes: “Mangoré”, “Mangora”, “Marangoré”; “Siripo”, “Siripó”, “Siripa”, “Siripus”, “Siripio” sin que existan motivos específicos, fuera de la preferencia de cada autor, para determinarlas.

⁹ Así se define a la “barbarie” en tanto forma de la sensibilidad de los ‘excesos’, que luego la nueva sensibilidad “civilizada” se encargará de reprimir (Barrán, 1990, I, 15)

súbdito libre. La única condición es que los antiguos esposos no pueden volver a tener trato conyugal. Sin embargo, “para los amantes no hay leyes que los obliguen a dejar de seguir el rumbo donde los lleva la violencia del amor” (84). Violencia que en este caso no es sacrílega ni bárbara porque coincide con el primer (y único válido) matrimonio. La traición al nuevo marido es delatada, sin embargo, por una antigua esposa de Siripó. Éste, a pesar de su furia, aguarda a constatar por sí mismo el engaño. Pero cuando ello ocurre, el castigo es implacable: Lucía es quemada, y Sebastián asaeteado.

El episodio transforma la guerra por la conquista y dominio del territorio en una disputa por rivalidad amorosa, suscitada no ya del lado de los victimarios, sino de las víctimas de la ocupación. Las secuencias lógicas y cronológicas se invierten. No pudieron ser los aborígenes quienes tomaron al principio mujeres españolas; la historia debió de ocurrir exactamente al revés, ya que las primeras avanzadas estaban compuestas por hombres solos. La omisión y tergiversación es tanto más llamativa si se atiende a las circunstancias biográficas del autor, Ruy Díaz, nieto nada menos que de Domingo de Irala, gobernador del llamado “Paraíso de Mahoma” en la Asunción, que tenía él mismo un harén de mujeres indígenas, a las que llama en su testamento “criadas” (su religión le prohibía obviamente considerarlas “esposas” como Siripó hace con Lucía) pese a haber reconocido y legitimado a todos sus hijos, entre ellos, a la madre del mismo Ruy.

Bastante distinto del abuelo Irala era Alonso Riquelme de Guzmán, padre del historiador, sobrino político y defensor del “puritano” Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que fracasó en su intento de moralizar el “Paraíso de Mahoma”. La famosa carta de Riquelme a Ruy Díaz de Guzmán, que a veces se cita —fuera de contexto y mutilándola— para mostrar la lujuria de los conquistadores en las Indias, es profundamente irónica por parte de quien la escribe¹⁰; tampoco fue dirigida a Ruy Díaz de Guzmán hijo¹¹ (que aún no había nacido) sino a su padre, en España, cuyo nombre y apellido noble puso después Alonso Riquelme —según el uso frecuente en la época— a su hijo primogénito, el futuro cronista. Después de su inútil rebelión contra Irala, Riquelme debió casarse con la hija de aquél, Úrsula, apenas núbil, que le fue entregada como prenda de paz y alianza obligatoria.

Quizá el propio disgusto y la censura moral de Riquelme influyen para borrar, en el relato de su heredero, el exceso (la barbarie, la lujuria) del lado de los conquistadores, para recolocarlo del lado de los aborígenes. Así se borra, también, la memoria del mestizaje como elemento central de la fundación, aunque Ruy Díaz no deje de señalar sus efectos en otros sectores de su historia; efectos positivos, cuando se trata de mujeres indígenas y de varones españoles, o sea, cuando lo masculino está del lado de la cultura dominante que da forma a la materia femenina de la cultura dominada.

¹⁰ Dice la carta a Ruy Díaz de Guzmán (padre), fechada en 1545: “estos son guaraníes y sírvennos como esclavos y nos dan sus hijas para que nos sirvan en za (*sic*; debe corresponder a ‘ésa’ [tierra]) y en el canpo de las quales e de nosotros ay mas de quatrocientos mestizos entre varones y hembras por que vea vuestra merçed si somos buenos pobladores lo que no conquistadores a mí a lo menos no me parece bien” (Lafuente Machain, 1942, 82). En esta misma carta Riquelme cuenta, con profundo disgusto, la prisión a que fue sometido Alvar Núñez, y la suya propia.

La oscilación de la identidad y la diferencia, de la cercanía y la distancia, la voz del otro dentro de la propia voz, proporcionan al texto de Ruy Díaz la ambigüedad suficiente como para asegurarle sucesivas versiones que potenciarán uno u otro aspecto. Aunque bajo la forma de “pretexto” utilizado por Mangoré para convencer a su hermano, se dejan oír otros motivos para el ataque a los conquistadores, que demuestran no escasa lucidez y raciocinio por parte de los “bárbaros” timbúes: “eran [los españoles] tan señores y absolutos en sus cosas, que en pocos días lo supeditarían todo como las muestras lo decían, y si con tiempo no se prevenía este inconveniente, después cuando quisiesen no lo podrían hacer, con lo que quedarían sujetos a perpetua servidumbre”, 80).

Cabe señalar que Lucía no actúa mayormente en este relato de Ruy Díaz. Se limita a haber dado a Mangoré “amoroso tratamiento” (se entiende que bienintencionado). Sobre los riesgos psicológicos de este “amor”, y su grado de “culpa” o “inocencia”, trabajará también en el futuro la saga literaria.

Lucía Miranda en la historiografía jesuítica de los siglos XVII y XVIII

La tragedia de Lucía Miranda fue reelaborada por los historiadores jesuitas en los siglos XVII y XVIII: Del Techo, Lozano, Charlevoix, Guevara.

La *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús* de Nicolás del Techo (1897, publicada originalmente en latín, en 1673), aborda el episodio en el Capítulo IV del Tomo I con el siguiente título: “Los indios se levantan contra los primeros colonos del Río de la Plata”. La acción comienza luego de la partida de Caboto a España. Inmediatamente entra en escena el “amor ilícito” de “Mangoré” provocado por “una mujer hermosa sobre toda ponderación” (1897, 45). El “recato” de la mujer y del marido (que rehúsa dejarla sola) se destacan desde el principio (como en Ruy Díaz). Pero, a diferencia del primer cronista, no hay descripción alguna de las prendas de los caciques, fuera de la “hipocresía y la traición” ni tampoco insinuación de otros motivos que pudieron haber tenido para hacer la guerra a los españoles; no existe “otro fin que el de gozar una mujer” (46). Muerto Mangoré, Siripó, “tan lascivo como su hermano”, hace lo imposible por quebrantar la castidad de Lucía. Cuando reaparece Hurtado, sólo se salva merced al juramento de su esposa de no volver a tener trato amoroso con él (Del Techo no especifica si se ha visto obligada, o no, a hacer vida marital con el cacique). Sorprendidos los esposos cristianos tiempo más tarde, infringiendo el pacto, son condenados al martirio. Aparece aquí formulado, por primera vez en las historias jesuíticas¹², el paralelismo con los santos, pero sólo de parte de Hurtado: “Sebastián Hurtado fue atado a un árbol, y como si representase al santo de su nombre, fue atravesado por las flechas de los indios mientras oraba piadosamente.” Lucía parece tener que hacerse perdonar más pecados que Sebastián (o así lo cree el cronista): “puesta en la pira, rogaba á Dios que no despreciase el dolor que tenía por cuanto le hubiese ofendido pecando, y que, sacándola de la

¹¹ Así lo señaló, erróneamente, Rotker (1999, 152-153)

servidumbre á que estaba sujeta, la llevase á la patria eterna”. La “moralaja” que Del Techo no puede evitar extraer del episodio atañe al “desengaño del mundo”: “fueron ambos ejemplo elocuente de cuánto dista muchas veces nuestro destino de las esperanzas que concebimos.” (49).

La *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*¹³ del padre Pedro Lozano (1697-1752) —la más compleja y detallista, reivindicada aun por críticos harto severos, como Paul Groussac— considera que el descubrimiento de las Indias Occidentales es la obra “mayor que ha visto el mundo después de su creación y redención”¹⁴, y el “principio de mayor aumento que la cristiana religión ha tenido” (1873, 6). Todos los episodios (especialmente los de carácter mítico-simbólico) son así interpretados desde esta gesta religiosa. Es interesante destacar que, empero, no incurre Lozano en la idealización de los conquistadores, ni en el encubrimiento de los móviles crematísticos de la conquista y de los engaños que perpetran contra los naturales de la tierra. Así, censura duramente la actitud de Caboto en Puerto de los Patos. Mientras que los indios los reciben, generosos, con “humanidad por cierto digna de todo agradecimiento”, el almirante, al despedirse, “usó la villanía de robarles cuatro gallardos jóvenes, hijos de los más principales caciques, que en pechos menos bárbaros labora profundamente, y pudo malquistar para adelante entre aquellas gentes la fidelidad a los europeos, al ver que pagaban con violencias los más oportunos beneficios.” (17). Se cuida asimismo de resaltar que cuando Diego García de Moguer entra a su vez en el Río de la Plata, los mismos carios a los que Caboto les ha robado los hijos lo acogen con bondad (32).

Una vez partido a España el almirante (contra el que hay, de parte de indios y cristianos, sobradas quejas) queda en el fuerte don Nuño de Lara, noble, prudente, afable y amado por castellanos y por indios también prudentes. Todo hubiese ido bien de no haber sido por un agente sobrenatural: el Demonio, envidioso del dominio que Cristo puede alcanzar en las Indias. De tal modo, y “aunque aquella nación de los timbúes era de genio más templado que las otras, levantó un fatal incendio en el pecho de su principal cacique, llamado Mangoré, haciendo que se aficionase torpemente de una española que estaba en aquel presidio...” (42). Ante la negativa de Lucía, quiere persuadir a Siripó para invadir el fuerte. Éste “que era más cuerdo”, y sobre el que no ha actuado aún el contagio del mal instilado por el Demonio, intenta disuadirlo, porque “era barbaridad inhumana, ajena de la templanza de los timbúes”. Aunque Mangoré insulta a su herma-

¹² Aunque Ruy Díaz puede haber pensado en este paralelismo, no lo explicita en *La Argentina manuscrita*.

¹³ Lozano concluye la obra en 1745, según consta en la protesta del autor (11 de junio de 1745), que se refiere a ella como lista para imprimir. Su *Historia* se terminó de publicar en Madrid diez años más tarde, en 1755. El doctor Andrés Bamba, al volver a publicarla en 1873 (edición que utilizo) la llamó, arbitrariamente según Paul Groussac (Guevara 1908), *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. La reproducción de las citas se ajusta a la ortografía de la edición de Bamba.

¹⁴ Evidentemente, Lozano se remite aquí a la famosa *Historia general de las Indias* (1ª ed. 1552) de Francisco López de Gómara, que, en su dedicatoria al Emperador Carlos V enuncia así: “Muy soberano Señor: La mayor cosa que después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias, y así las llaman Nuevo Mundo” (1979, 7).

no tildándolo de cobarde, éste se contiene y se resigna a acompañarlo. Lucía, a todo esto, es una “inocente Elena” y los españoles se comportan como incautos y temerarios al hospedar sin más a “bárbaros recientes amigos” en el fuerte. Don Nuño, en la defensa, se bate tan heroicamente como en el episodio original y mata él mismo a Mangoré.

Rendido ante la hermosura de Lucía, el razonable Siripó se deja llevar, empero, por la misma pasión que su hermano. Pero el “impuro amor” del cacique y todas sus lisonjas y sobornos se estrellan contra la “recia batería” que es el “casto pecho de aquella Lucrecia española” (49). Se reitera el regreso de Hurtado, el acuerdo con Siripó, la transgresión de los esposos llevados por “la fuerza del amor” (52), descubierta por la antigua consorte de Siripó, y luego constatada también por éste, que “con su natural cordura” no quiere castigarlos sin tener la prueba él mismo. Condenados, marido y mujer mueren ejemplarmente, Lucía, hablando hasta el final (“mientras la voracidad del incendio le permitió libre el uso de la lengua”) con “ánimo varonil”, y Sebastián con “cristiana constancia”, ambos pidiendo al cielo perdón y misericordia por sus pecados. Nuevamente se establece —sólo del lado de Sebastián— el paralelismo con el mártir: “la estraña compuncion con que recibio la muerte, semejante a la del ínclito martir cuyo nombre tenía” (53).

En suma, los “bárbaros” de Lozano no lo son tanto, puesto que gozan de cordura y razón, salvo porque aún no conocen al verdadero Dios (situación remediable gracias a los misioneros), ni los españoles (o sus almirantes, como Caboto) son tan “humanos” como de su cristiandad cabría esperarse. El Demonio ha vuelto a introducirse en lo que podría haber sido un nuevo paraíso. Como en el Edén, la mujer es su cebo y su instrumento, aunque, a pesar de todas las tentaciones, no hay en ella caída moral. Cualquier mancha aneja a su humana condición, resulta de todos modos lavada por el fuego del martirio (“con lo que esperamos saldría del fuego purificada su alma de las manchas que suele contraer la fragilidad humana”, 53).

La Histoire du Paraguay (1756) pertenece al padre Pierre François-Xavier de Charlevoix (1682-c.1761)¹⁵. En el Libro I del Tomo I se desarrolla el episodio de Lucía Miranda en dos capítulos (“Histoire tragique d’une Dame Espagnole”, y “La tour de Cabot brûlée par les Indiens et toute la Garnison massacrée”, 29-33). Durante el primer capítulo se narra el enamoramiento de “Mangora” (“il en devint éperdument amoureux”, los medios que arbitra para satisfacer esta pasión y los cuidados de ambos esposos para no exponer a Lucía a sus miradas, sin disgustar al cacique de los timbúes, principales aliados de los españoles. El hermano de Mangora, al que Charlevoix llama “Siripa”, no aparece en ningún momento. El segundo capítulo se ocupa del asalto al fuerte. El cacique Mangora, “pérfido”, se congratula del éxito de su traición pero finalmente expira a manos de don Nuño de Lara. Queda a merced de los timbúes la “infortunée Miranda, cause innocente d’une scène si tragique”. Cabe señalar que Charlevoix la designará de aquí en más solamente por su apellido¹⁶. Lo más interesante de este capítulo es la ponderable sutileza con que el jesuita francés describe los mecanismos de la pasión en “Siripa” y “Miranda”. El cacique se pone a los pies de la española e intenta atraerla con halagos. Ella sabe que su

rechazo puede acarrearle, como mínimo, pasar sus días en “le plus dur esclavage”. Sin embargo, “ne balança point entre son devoir et ses fraïeurs”. Espera que Siripa se irrite tanto con su respuesta que la mande matar de inmediato, de manera que tanto su inocencia como su honor queden a cubierto. Pero Miranda se engaña. Como un psicólogo experimentado, el padre Charlevoix reflexiona: “ses refus ne firent qu’augmenter l’estime que Siripa avoit conçue pour elle. Ils donnerent une nouvelle vivacité à la passion; et comme il n’en est point qui le flatte davantage, il ne désespéra point de vaincre la constance de la Captive.” Bajo la influencia transformadora (humanizadora, pese a todo) de esta pasión, el bárbaro contradice su misma barbarie: “Il continua de la traiter avec beaucoup de douceur; il eut même pour elle des égards, et une sorte de respect, dont on n’auroit ou croire un Barbare capable.” Miranda, en tanto, entiende mejor a qué se expone: “Elle n’en comprit que mieux tout le danger de la situation, et elle en frémit.” En tanto Hurtado vuelve y se lanza, con imprudencia, a buscar a su esposa “sans faire reflexion à quoi il s’exposoit inutilement.” Siripa quiere matarlo en seguida, pero Miranda “fondant en larmes” suplica, a sus pies, por la vida de su esposo. Hay más que simple acatamiento a la fidelidad conyugal en su actitud. Se trata de un “amour passionné” que logra un efecto paradójico, “sorprendente”, sobre otro ser apasionado. El “Anthropofague” se calma, el Amante “jaloux et furieux” se desarma. Aunque quizá el perdón, insinúa Charlevoix, es una trampa tendida por Siripa para tener ocasión de revocar la gracia que concede. Pronto Hurtado (señala unilateralmente) lo provee de ese pretexto. Siripa, alertado por su mujer timbú, sabe —se dice sin mayores eufemismos— que “Miranda étoit couchée avec son Mari”¹⁷ y en seguida lo comprueba él mismo. Cabe señalar que Charlevoix no aclara expresamente si, una vez perdonado Hurtado por Siripa, Miranda ha tenido o no trato conyugal con el cacique. En esto sigue a Del Techo. A partir de Lozano, en cambio, la castidad de Lucía queda fuera de toda ambigüedad.

Colérico, Siripa ordena la ejecución inmediata de ambos amantes, sirviendo en esto —apunta el cronista con meditativa ironía— más a los celos de su mujer que a los suyos propios (puesto que pierde así, definitivamente, el objeto amado). Dentro de sus modestos medios literarios, el padre Charlevoix, no en vano heredero de Madame de Lafayette, ha logrado pintar un drama de pasiones, muy humanas, sin agentes sobrenaturales. El final no se recarga de moralejas, ni de expiación de los pecados, ni de piadosas apelaciones a la misericordia divina o al más allá. Los cónyuges se ofrendan mutuamente su muerte y expiran “à la vue l’un de l’autre, dans des sentiments dignes de leur vertu” (33).

Por fin, la *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* del padre José Guevara (Recas, Toledo 1719-Spello 1806) es seguramente la que las novelistas de 1860 tuvieron más a mano para consultar, ya que había sido publicada en 1836 por Pedro De Angelis junto a *La Argentina manuscrita*, en su Colección de Obras y Documentos¹⁸. El relato ocupa el Capítulo II del Libro Segundo (“Desde la salida de Gaboto hasta la llegada de Don Pedro

¹⁵ Se agradece especialmente a la Lic. Marcela Crespo la localización de este texto.

¹⁶ Una sola vez se la llama “Luce Miranda”.

de Mendoza 1530-1536”). No hay intervención del Demonio que se marque aquí, como lo hacía Lozano. Tampoco se dedica espacio a la relación previa de los dos caciques hermanos, ni hay conflicto o discusión entre ellos que permitan suponer diversos matices psicológicos, como en Ruy Díaz y en Lozano.

Se acentúan las virtudes por parte del lado cristiano¹⁹: el cariñoso trato general de los españoles, dado a los indios, aunque se destaca también el “buen genio” (632) de los timbúes, “gente humana, cariñosa, hospitalaria” (627), la prudencia, clemencia, justicia y humanidad de don Nuño de Lara, la castidad inexpugnable de Lucía ante Siripó, dato que no figura en el texto de Ruy Díaz y que Lozano y Guevara enfatizan de todas las maneras posibles, evitando cualquier sospecha de ambigüedad sensual o sentimental: “hermosa, honesta, y por extremo recatada”, “castos desdenes de Lucía”, “constancia de la casta matrona”, “castidad victoriosa de Lucía, la cual inexorable a los ruegos del bárbaro, permaneció constante en su determinación, queriendo antes experimentar las furias de un amante, que macular el tálamo con detestable condescendencia” (635-636). Marangoré, calificado como “tirano”, se aficiona “locamente” a Lucía Miranda. También Siripo “de amante se transformó en tirano” (636) y ambos ejercen, sobre los españoles, “bárbaro furor”. Lucía, “inocente víctima”, lleva la delantera en cuanto a excelencia y valor moral. Sebastián “imitó el ejemplo de su esposa en fervorosos actos de religión, y la siguió a la gloria” (636). Se marca mucho menos la pasión (como vimos en Charlevoix) entre los “inocentes consortes” que el prurito por no “macular el tálamo”. La “detestable condescendencia” de que habla Guevara, bien puede leerse también como “detestable descendencia” (la que Lucía podría tener con el cacique timbú). Por fin, el amor humano que los cónyuges cristianos se han profesado lealmente no es sino el medio para conducirlos “a la gloria”.

A pesar de cuanto se ha insistido en la voluntad de asimilación de los cónyuges a los mártires Sebastián y Lucía (Iglesia, 1987: 41-62), hay que decir que los jesuitas administran esa identificación posible con bastante cautela. Nunca llega ésta a enunciarse formalmente en el caso de Lucía, tal vez porque la mártir de Siracusa es una virgen (estado que la Iglesia considera superior al del matrimonio, por virtuoso que éste fuere)²⁰, aunque la causa de su martirologio es en algo similar a la del tormento de su émula español-

¹⁹ La expresión de Charlevoix es la más directa y gráfica de todas las Historias jesuíticas que tratan el caso.

²⁰ Todas mis citas del texto de Guevara pertenecen a la edición de De Angelis (1969). Señala Groussac que De Angelis utilizó para esta edición el códice de la Biblioteca de Saturnino Seguro (el más completo), “pero corregido, y sobre todo rebanado en fragmentos más o menos extensos con arreglo a su criterio especial”, el cual “consistía en extractar del libro del P. Guevara las partes —y estas mismas no sin mutilaciones— que atañen a la historia natural y política de estas provincias, desechando en absoluto todo lo relativo a vidas y milagros de la Compañía”. (En Guevara 1908, XLVIII). Lo peor para Groussac no es esto, sino las correcciones estilísticas e históricas en que De Angelis por su cuenta ha incurrido también. En cuanto a fechas, Groussac data el comienzo probable de la redacción de la *Historia* de Guevara hacia 1758, y supone que éste trabajó en ella durante cerca de diez años, hasta que los jesuitas fueron expulsados del Virreinato del Río de la Plata y el Dr. Antonio Aldao, comisionado por el gobernador Bucarelli, se incautó de los archivos y también de los manuscritos de Guevara (*op. cit.*, XXXI). Una detallada descripción de la copia de Saturnino Seguro, en la que se basó De Angelis, puede leerse en Groussac (*op. cit.*, XXXVIII). Señala Groussac que los manuscritos conservados de la *Historia* de Guevara son todos ellos copias, no habiéndose localizado el original.

la: la doncella siracusana no ha querido casarse con un pagano. Por otro lado, se trata de una santa con inusitados poderes. Dios ha modificado en su favor una y otra vez las leyes naturales. Cuando intentan llevarla a una casa de prostitución para castigarla por su negativa, no pueden moverla de su sitio; si le prenden fuego, no se quema. Si le arrancan los ojos, Lucía, la portadora de la luz, sigue viendo. Finalmente la decapitan, pero aún desangrándose por la herida del cuello, continúa hablando y exhorta a los infieles a convertirse: en eso se halla quizás su mayor cercanía con Lucía Miranda, que en casi todas las versiones del mito anima y reconforta a su marido hasta el fin. La historia de San Sebastián, cristiano clandestino y oficial de la guardia imperial, a quien se condena a morir flechado por arqueros mauritanos, es, sin duda, menos prodigiosa²¹.

Otras Historias: Azara y Funes

El naturalista español Félix de Azara (1742-1821) menciona el episodio de Lucía Miranda en su *Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata*²², pero lo hace muy escuetamente, simplificando a Ruy Díaz, en vez de expandirlo. Azara supone, como Guevara, que han transcurrido dos años entre la partida de Caboto²³ y la destrucción del fuerte. La acción se desarrolla velozmente, sin ningún tipo de introspección o complicación psicológica. Ni siquiera se introduce el episodio del juramento hecho por Lucía a Siripo para salvar la vida de Sebastián, ni el posterior descubrimiento de los enamorados. El martirio de ambos se atribuye solamente al cansancio o los celos del cacique (245). El único aporte novedoso es la mención de un informante (Domingo Ríos) que dice poseer la tradición oral de este episodio por vía materna, y que le ha mostrado incluso “el sitio preciso donde murió Lucía con su esposo, en el bosque del Bragado á la orilla del riacho de Coronda.” (245). Esta versión transforma a Siripo en “Siripio”. El breve relato de Azara es muy parco en calificativos, tanto de la conducta de los indios como de los españoles. No hay ni “barbarie” ni “sublimidad moral”. El deseo carnal de Mangoré y luego de “Siripio” por Lucía, queda simplemente constatado, sin mayores comentarios.

La versión²⁴ del deán Gregorio Funes vuelve a los adjetivos generosos. Se describe primero un ambiente ideal, donde los timbúes (“gente mansa, dócil y sensible al dulce pla-

¹⁹ En Guevara también hay alguna crítica a Caboto, como a su injusticia para con la misión supuestamente legítima de Diego García (1969, 630) (aunque tanto él como Caboto se habían desviado del destino original de la expedición), pero de ninguna manera revela episodios bochornosos con el detalle y la dureza con que lo hace Lozano. Destaca, antes bien, las buenas cualidades del veneciano “sujeto verdaderamente hábil, de sagaz entendimiento y penetrante discurso: después de Colón inferior a ninguno en hidrografía y astronomía” (636). Probablemente en esta imagen positiva, sin mayores sombras, se basa la visión elogiosa que tiene de él Eduarda Mansilla.

²⁰ “Es una de las pocas santas femeninas cuyos nombres aparecen en el canon de san Gregorio, y hay oraciones especiales y antifonas para ella en su *Sacramentario* y su *Antifonario*. También se la conmemora en el Antigo Martirologio Romano. El primero en dar una completa reseña de su vida y su muerte fue San Aldheim (-709): lo hizo en prosa en el *Tractatus de Laudibus Virginitatis* (Tract. XLIII, P. L., LXXXIX, 142) y otra vez en verso, en el poema *De Laudibus Virginum* (P. L., LXXXIX, 266). Siguiéndolo, Beda el Venerable incluye su historia en su Martirologio.” (TCE, la traducción es mía). Lucía fue martirizada bajo el imperio de Diocleciano, al parecer el 13 de diciembre de 303. El cuerpo de la santa, que descansó primero en Siracusa, fue llevado a Constantinopla, según

cer de la amistad”) y los españoles conviven pacíficamente (“Los prevenidos comedimientos de Gaboto²⁵ acabaron de solidarla [la tranquilidad] con señales recíprocas de una alianza verdadera.”, Funes 1910, 53). Transcurren dos calmos años desde la partida del veneciano. Don Nuño de Lara, dechado de virtudes, pone el máximo cuidado en conservar la paz. Sin embargo, “en el seno de esa amistad” nace “una pasión funesta” que causará efectos tan destructivos “como el odio más sanguinario” (54). Se trata de “los tiros inflamados del amor” que atacan a Mangora, “á pesar de ser un bárbaro”. El amor, pues, se ve como índice de evolución humana; lo que lo vuelve fatal es el exceso y lo inadecuado del objeto (la mujer blanca y casada) en quien se deposita. Lucía es “inocente” y discreta, “víctima desgraciada de su propia hermosura”, Sebastián “valeroso”, Mangora “bárbaro” y apasionado, perdido en un “torbellino de deseos”: Siripo, por el contrario —como en Lozano— muestra al principio “el despejo de su razón”. A pesar de la inicial descripción halagüeña de los timbúes, se presenta a los aborígenes como pérfidos traidores (“la más vil de las traiciones”, 56) y a los españoles como nobles, valerosos, magnánimos, especialmente don Nuño de Lara, arquetipo del paladín heroico. Siripo, contaminado de la pasión de su hermano, se arroja a los pies de Lucía con “un corazón que hervía”, sin obtener éxito alguno. Ella prefiere “una esclavitud que le dejaba entero su decoro”. Una vez retornado Sebastián, y ante las súplicas de Lucía, los esposos deben permanecer separados (“que en adelante no se tratasen con las licencias de la unión conyugal”) si quieren conservar la vida. Con todo, Siripo les permite que se hablen de cuando en cuando, aunque no se sabe si es por “humana condescendencia” o por astucia

algunos autores, en el siglo XI y de allí, en la cuarta Cruzada, transportado a Venecia y depositado en la iglesia de san Giorgio Maggiore; en el siglo XIX fue trasladado a la iglesia de Santa Lucía, de la parroquia de San Jeremías. Se la representa con una espada y una herida en el cuello, también con un libro y una lámpara de aceite (ERC 1950, 1424, T. 3.). El arzobispo y beato Jacobo o Santiago de la Vorágine (Varazze, 1228/30-Génova, 1298) se ocupó de ella y de san Sebastián en su difundida *Legenda Aurea* (1987: IV, 43-46).

²¹ Sebastián padece en realidad dos martirios. Del primero y más conocido —el de las flechas— es rescatado (según algunas versiones por santa Irene), cuando lo dejan por muerto. En la segunda oportunidad, es flagelado y apaleado hasta ultimarlos, y se lo arroja a la Cloaca Máxima de Roma, pero en un sueño se aparece a santa Lucía [en realidad no se trata de Lucía, la santa siracusana, sino de santa Lucina, matrona romana, aunque los nombres se identifiquen] para indicarle el lugar donde pueden rescatar su cuerpo. (Vorágine, 1987: XXII, 111-116; TNEB, 6, 466). Sebastián logró gran número de conversiones como se atestigua en *Maximiano et Aquilino consultibus facta* (año 268?), donde éstos figuran entre las personas convertidas por Sebastián fuera de Roma. Fue elegido *Defensor de la iglesia* en Roma. Su festividad es el 20 de enero. Por haber sido consideradas las flechas símbolo de la peste, san Sebastián fue proclamado protector de las epidemias. (ERC, 1950: 1145-1146, T. 6.).

²² La primera edición española, completa y póstuma, realizada por un sobrino del autor para regalar a bibliotecas, es de 1847. La obra fue escrita originalmente por Azara para el cabildo de la Asunción (1790) y luego reelaborada a su regreso a España. Los *Voyages dans l'Amérique méridionale* (1809) en realidad compendian el texto castellano. Fueron traducidos por Bernardino Rivadavia con prólogo de Florencio Varela, para la *Biblioteca del Comercio del Plata* (1846); así lo señala Julio César González (Azara, 1943: XIV, notas). Las citas pertenecen a esta última edición de 1943.

²³ Azara tiende a exculpar los yerros de Caboto, contrariamente a Lozano. Mientras que éste (ver notas al texto de la novela) lo acusa de haberse comportado sin piedad con los capitanes disidentes, abandonándolos a su suerte, Azara busca atenuaciones, y dice “prefirieron quedarse allí [en Santa Catalina], para pasar luego al Brasil de donde escribieron al rey contra Gaboto. El padre Lozano en el lugar citado dice, que Gaboto dejó abandonada dicha gente en la isla de Florez, sin advertir que era imposible vivir en ella porque no hay que comer, y que también lo era el poder salir.” (de Azara 1943: 236 y 238). Lozano se refiere sólo a una “isla desierta” (1873: 18). También Azara presenta el episodio de Los Patos como si los muchachos indios se hubiesen ido con Caboto sin mediar la fuerza. (1943: 237).

(“artificio”) para ponerles asechanzas, “sabiendo cuánto irrita a las pasiones una injusta prohibición”. La pasión entre los esposos (no aludida en Guevara), está otra vez, como en el original de Ruy Díaz, especialmente marcada, pero es una pasión legítima y por lo tanto, pura.

El reencuentro clandestino de los esposos es el más pudorosamente elaborado con galas retóricas en toda la serie de Historias que se ha venido analizando, y el que menos deja traslucir la carnalidad del acto: “habiéndoles sorprendido en uno de aquellos momentos deliciosos que recibían sus senos las lágrimas de un amor inocente y perseguido, y en que consolándose mutuamente hallaban la recompensa de sus penas” (57).

Una reflexión final cierra el capítulo, después de una mención sumarisima (y ya sin ple-garias ni apelaciones trascendentales) a la ejecución de ambos. Funes se refiere en ella a las empresas de conquista, de manera coherente con el espíritu de la Revo-lución de Mayo (antiespañola, y al principio dispuesta a reivindicar los derechos de los aborígenes) que encarnó el deán, como uno de sus partícipes más destacados.

Es muy de presumir, que si la causa de la humanidad hubiese entrado directamente en el proyecto de estas empresas, hubieran sido menos desgraciadas²⁶. No hay nación por bárbara que sea, que no se rinda al imperio del beneficio. Hacerles conocer á estos salvajes el plan de sociedad con todos sus encantos, trazado por la naturaleza, y de que estaban tan distantes: aficionarlos al yugo suave de la ley, para que detestando sus antiguas abominaciones concibiesen amor al orden: ponerles en las manos los instrumentos de esas artes consoladoras, cuya falta no les dejaba recursos contra las calamidades de la vida: en fin, comunicarles todo el bien posible, economizar la sangre humana, manifestarse siempre clementes y atestiguar un santo respeto a la libertad: véase aquí el camino que para dominar hubiesen tomado con buen éxito los españoles, si la experiencia y la razón más ilustrada de nuestros tiempos hubiera podido socorrerlos. En su falta, juzgaron estos indios que debían sacrificar á su seguridad unos hombres, cuyos pasos llevaban delante por lo común el terror y la codicia (Funes, 1910, 58).

Funes, hombre de Iglesia y de tradiciones, pero también hombre de la Ilustración y de la Revolución de Mayo, encuentra así la solución salomónica ideal para este conflicto. Los españoles, supuestos representantes de los beneficios de la civilización, no se han comportado a la altura de ella, no por intrínseca maldad tal vez, sino por que les faltaba el concurso de la experiencia y la razón “más ilustradas” que iluminan, en cambio, los días contemporáneos de los revolucionarios. Por su parte, los indios, atemorizados ante los invasores codiciosos, son ignorantes (aunque no por ello irredimibles malvados) y se han sentido obligados a sacrificarlos en bien de su seguridad.

Las dos escritoras de 1860 transitarán la huella marcada por Funes, con la esperanza de

²⁴ El *Ensayo de la Historia Civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán* tuvo una edición en vida del autor (en tres tomos, publicados entre 1816 y 1817), y otra en 1856. Todas mis citas corresponden a la anotada por Scotto, en 1910.

²⁵ El villano, para Funes, es más bien Diego García, cuyas gentes, dice, “se habían hecho insoportables para los charrúas sus vecinos” (53).

que los nuevos tiempos no repitan la intolerancia y los errores de los tiempos antiguos.

En lengua inglesa

No puede ignorarse alguna conexión entre el mito de Lucía Miranda y *The Tempest* (1611), de William Shakespeare, y no ya sólo a través de la parcial coincidencia onomástica de las heroínas. La situación argumental presenta ciertamente afinidades. En la comedia shakespeariana hallamos, en una isla remota, una joven mujer de extraordinaria belleza y encanto, un “bárbaro” (Caliban) monstruoso y deforme que la desea e intenta raptarla, en lucha permanente con el etéreo Ariel. También hay una antigua rivalidad entre hermanos, que se han enfrentado por el poder: el virtuoso y sabio Prospero, que ha sido duque de Milán, y el pérfido Antonio, traidor y usurpador de su ducado. Pero el final es feliz: Miranda desposará, por amor, a Ferdinand, joven príncipe de Nápoles, y ella y su padre, Prospero, serán restituidos a la civilización en el lugar que socialmente les corresponde²⁷.

La crítica no ha dejado de preguntarse qué procesos intertextuales pueden haber existido entre la obra shakespeariana y el episodio narrado por Ruy Díaz de Guzmán (Astrana Marín 1972, Soler 1992, Rossi de Borghini 1996). Todos ellos concuerdan en señalar: 1) La llamativa coincidencia en el nombre de la protagonista. 2) Los elementos del escenario relacionados con el entorno americano y los periplos españoles, que Shakespeare habría conocido a través de los relatos de viajeros, principalmente el de Antonio de Pigafetta, cronista del viaje de Magallanes, en cuya crónica figura, como en *The Tempest*, “Setebos”, descrito en Pigafetta en calidad de demonio mayor de los Patagones. Shakespeare pudo haber leído esta información, traducida, en *The History of Travayle in the West and East Indies* (1577), así como inspirarse en ella para los nombres españoles de varios de los personajes de *The Tempest*.

Se ha hallado, por otra parte, una fuente española estudiada y comprobada de la obra shakespeariana. Se trata del capítulo cuarto de *Noches de invierno* (1609; ver edición de 2003), del escritor navarro Antonio de Eslava. Dicho capítulo se titula: “Do se cuenta la soberbia del rey Nicíforo, y incendio de sus naves y la arte mágica del rey Dárdano”. Víctor Oroval Martí en su tesis doctoral (1978) sobre *Noches de invierno* y luego de un detallado análisis, evalúa decididamente la obra de Eslava como “fuente mayor de *The Tempest*” (425)²⁸. Julia Barella afirma (1985, 499) que el dramaturgo inglés debió haber leído o al menos escuchado alguna lectura o comentario minucioso de los cuentos de Eslava, de lo contrario no podría explicarse una huella tan marcada. Señala coincidencias concretas con otros sectores de las *Noches*..., no sólo con respecto al argumento de esta

²⁸ Esta frase se repite, *textualmente*, en la novela de Rosa Guerra: “si la causa de la humanidad hubiera entrado directamente en el proyecto de estas empresas [las de conquista] hubieran sido menos desgraciadas.” (Guerra, 1956, 77).

historia en particular, y concluye que tanto en Eslava como en Shakespeare “hay tempestades conjuradas, nobles nigromantes, delicadas y dulces músicas que, como dice Calibán, ‘deleitan y no hacen daño’ (Acto III, Escena II), o ninfas y nereidas que intervienen en los desposorios (Acto IV).” (Barella 1986, 27). Carlos Mata Induráin (Eslava, 2003: 108-112) vuelve a mostrar convincentemente el estrecho parentesco argumental de las obras de Eslava y Shakespeare y el uso de lo maravilloso en ambos autores.

Lo que no hay, ciertamente, en Eslava, es una isla: la historia de un rey destronado que huye con su hija transcurre en un palacio bajo el océano. Tampoco existe en el intertexto español huella alguna de una heroína “Miranda”, ni de lo antropológico americano o “indiano”, que sí es importante en Shakespeare. Ya fuere visto positivamente, desde la utopía del “hombre natural” que remite a Montaigne en el discurso de Gonzalo, o negativamente, como lo monstruoso, deforme, primitivo, demoníaco que debe ser dominado, la cuestión del “salvaje”, bueno o malo, es una línea problemática que la obra despliega con ambigüedad (el mismo personaje de Calibán está muy lejos de ser simple) y que ha tenido larga repercusión literaria y filosófica.

En lo que hace al escenario americano, cuando Shakespeare escribía esta pieza, se hallaban frescos los ecos del naufragio ocurrido en 1609 durante el viaje hacia las Bermudas, descrito por William Strachey en una carta que tuvo amplia circulación: *A True Reportory of the Wreck and Redemption of Sir Thomas Gates, Knight* (1610) y que se considera como un intertexto fundamental de la obra, junto a otros relatos de experiencias de descubrimiento y colonización de América.

Astrana Marín insiste en que Shakespeare debió de conocer también de algún modo la historia de Lucía Miranda. La composición de ambas obras (la de Ruy Díaz, terminada hacia 1612, y la de Shakespeare, en 1611) las sitúa en un plano de contemporaneidad. Ningún documento prueba, sin embargo, que hubiese podido llegar al autor de *The Tempest* alguna noticia de este legendario episodio, que aún se mantenía inédito, ya que la imprenta lo recoge por primera vez en la *Historia jesuítica* de Del Techo, de 1673. Salvo, pues, la eventual aparición de alguna evidencia concreta, debe desestimarse la influencia del texto de Ruy Díaz sobre *The Tempest*. En cuanto al nombre de la heroína, dado su carácter, puede tratarse de una resonancia etimológica latina²⁹. Cabe señalar, con todo, que Calibán comparte los deseos de Mangoré y Siripo; su relación con Próspero y con Miranda, que le ha enseñado a hablar, deja de ser amable cuando el nativo intenta “violiar el honor”³⁰ de la joven. De dócil alumno, Calibán se convierte en enemigo y esclavo. El salvaje sometido no deja de deplorar el fracaso de su intento, que le hubiera permitido, de ser exitoso, “poblar la isla de Calibanes”³¹ (capaces de arrancarla de manos de Próspero y devolverla a sus legítimos dueños autóctonos).

²⁷ Sigo la ortografía de Shakespeare para los nombres.

²⁸ Debo a la gentileza del Dr. Miguel R. Fernández la consulta de la tesis inédita de Oroval Martí, y al Dr. Carlos Mata Induráin los trabajos de su autoría que me hizo llegar generosamente. Agradezco al Dr. Javier de Navascués, de la Universidad de Navarra, el haberme puesto en contacto con estos estudiosos de la misma Universidad.

Si vamos a la *Lucía Miranda* de Mansilla, veremos que tanto la heroína de Shakespeare como la de Mansilla resultan excepcionales con respecto a las mujeres de su tiempo: ambas han recibido una educación fuera de lo común, por obra de un maestro (Próspero, padre de Miranda; Fray Pablo, mentor de Lucía). Ambas tienen, también, la llave de la *lengua*. Las dos son las maestras e intérpretes del otro, del “salvaje”, hasta que la relación se quiebra por la violencia sexual. Seguramente, Mansilla leyó *The Tempest*, ya que dos epígrafes (uno de *Macbeth* y otro de *Hamlet*) en su novela, la muestran conocedora de la obra de Shakespeare.

Una rara versión inglesa del episodio proporciona la tragedia *Mangora, King of the Timbusians, or The Faithful Couple* (1718)³², de Sir Thomas Moore (1663-1735)³³, publicada en Londres. Es probable que Moore conociese la historia por la crónica de Del Techo, para entonces accesible en latín. Existen más distancias que afinidades entre ambos relatos; algunas de las diferencias nos remiten a la novela posterior de Eduarda Mansilla. Tanto en Mansilla como en Moore hay un desdoblamiento de la figura del “bárbaro” en un caballeresco y casi lírico Mangora (Moore) o Mangoré (Mansilla), y un Siripo (Siripus) hosco y brutal³⁴; Moore agrega el desdoblamiento —positivo— de la heroína: Lucía (Lucy) tiene una hermana, bella y discreta, llamada Isabella, que también es amada en vano —por don Nuño—, pero que guarda lealtad a otro amor (Mosquera)³⁵. Esto es casi lo único en común: la corte palaciega de los timbúes, en Moore, es de un lujo barroco y ornamental, frente a la austeridad pampeana del campamento nómada en Mansilla. Moore les atribuye grandes riquezas en oro y plata, mientras que los españoles mansillianos no encuentran allí otros tesoros que los que les pinta su “ardiente imaginación” (304); los únicos adornos de los caciques de Eduarda, por otra parte, son bellas plumas y abalorios de colores. Los timbúes que representa Moore son negros como africanos, no aborígenes cobrizos; en ciertos momentos se los idealiza bajo la imagen del “buen salvaje”: “An innocent but happy people, free / from vexatious Cares of Avarice”; “with Love unusual they receive us all” (1718: 3), y otras veces (la mayoría) se los rebaja a la absoluta “barbarie”, a pesar de sus palacios y esplendores. En ambas obras hay un fraile, pero son muy diferentes. En la de Mansilla se trata de Fray Pablo, un personaje complejo, de gran dignidad moral, capaz de hacer, desde adentro, una crítica de la jerarquía eclesiástica, y de renunciar al poder para dedicarse a la contemplación y luego, en las Indias, a la conversión de las almas mediante el ejemplo activo de la caridad. En cambio, el Fraile Jacques³⁶, en Moore, es un estereotipo degradado, que representa todos los vicios (lujuria, codicia, vanidad, glotonería) y que hace lo contrario de aquello que predica. Los varones españoles, como soldados con aspiraciones heroicas, son mejor vistos, pero no por ello se deja de insistir en la finalidad venal de la Conquista. La crítica a los móviles de los conquistadores no atenua, en Moore, una mirada racista sobre los timbúes, que (¡aun desde ellos mismos!) son

³² “Miranda”, según la etimología en la que puede haber pensado Shakespeare y que en general aceptan sus comentaristas, es “la que debe o merece ser admirada” (de *mirari*); no había por ello necesidad de ningún “préstamo” de Ruy Díaz de Guzmán.

(auto)descalificados permanentemente desde el punto de vista estético, sobre todo, por su negrura y fealdad (“a People sure [Mangora se refiere a los blancos conquistadores] / Descended from the Gods, whose Form so fair / Makes us blush through our Night of Black / To see our Imperfections” —7³⁷—, “Can she love / My black and smutty form?”, se pregunta Siripus —9—). La repulsa de las damas españolas hacia los indios (“black Imps of Hell”, 15, “Heaven deliver us from this Monster Indian”, 18, “black Devils”, 24, “a black Brood of Earthly Devils”, “savage Brutes” 31) es total, implacable y constante, cosa que no sucede en ninguna de las dos novelistas argentinas.

Hay en Moore, como en Mansilla, un poderoso hechicero indígena (se llama Malivaq) que arma ilusiones y tramoyas; pero a diferencia de lo que ocurre en la novela argentina, el veraz espíritu invocado por el brujo acorralla al fraile y le hace fundadas acusaciones acerca de sus pecados sexuales, mientras que la Lucía de Mansilla desenmascara valientemente las supercherías del brujo.

Cabe señalar un cambio importante con respecto a la relación de los hermanos tímbrues en la historia original y en la mayoría de las siguientes versiones. No es Mangora, sino Siripo el que primero se prenda de Lucía, quien no sólo encanta por su belleza, sino por el hechizo de su voz, antes incluso que por la vista (“Like Lightning something pierc’t my stubborn Frame / And at that Voice my strong knit Nerves unbend.” —6—; “the enchanting tongue”, “And with her tongue enchanted all my senses”, 8-9); algo similar sucede con la dulce persuasión de las heroínas de Mansilla y de Guerra. Se recalca además su extraordinario y estoico valor (dice Hurtado: “Thou best of Women, and of Wives, / Whose tender Body wirh undaunted Mind / And Patience bore hard Usage of the Seas, / Nor did complain of Sickness, or of Want.”, 5). También es Siripus el que incita a Mangora a ir a la guerra contra los cristianos, no a la inversa, como sucede en la historia original; el ardid para entrar al fuerte es asimismo idea de Siripus. Luego de la toma del Fuerte, donde muere Mangora, no hay pacto entre Siripus, Lucy y Hurtado. El cacique no sabe que Hurtado es el marido de su amada³⁸, y lo remite a ella como embajador para persuadirla a favor suyo. Se entera de que ambos son esposos según las leyes cristianas sólo cuando los encuentra juntos, e inmediatamente ordena su ejecución. La obra concluye con el insólito castigo final de

³⁰ “till thou didst seek to violate the honour of my child” (Shakespeare, 1975, 6. Act I, Scene II, 346-347).

³¹ “O ho, O ho! Wouldn’t had been done. Thou didst prevent me; I had peopl’d else this isle with Calibans” (Shakespeare, 1975: 6. Act I, Scene II, 349-350).

³² Se agradece especialmente a la Dra. Eva Gillies la localización de esta obra, y al Prof. Daniel Weissbein los datos sobre su autor.

³³ Según el nuevo *Oxford Dictionary of National Biography* (2004), en un artículo firmado por Thomas Seecombe y revisado por Freya Johnston, nació en Richmond, Surrey, el 9 de octubre de 1663, hijo de Anne Agar (hija de Thomas Agar y de la hermana de John Milton), y de David Moore. Fue hecho caballero por el rey Jorge I, aunque —para algunos escritores y críticos— ello difícilmente se debiera al mérito de sus versos. La tragedia que nos concierne se representó en Lincoln’s Inn Fields Theater el 14 de diciembre de 1717, y fue descrita como “notable sólo por sus despropósitos”. Provocó unas feroces “Reflexiones sobre Mangora” (1718), que fueron respondidas por el autor al año siguiente. Moore murió en Leatherhead, Surrey, el 6 de abril de 1735.

³⁴ Desdoblamiento que podría corresponder a las dos líneas shakespearianas en la consideración del “salvaje”.

³⁵ Una situación semejante aparece en la *Lucía Miranda* de Hugo Wast (1929).

Siripus, a manos de un Caboto (Gavot) vengador. La sentencia no es precisamente suave (el jefe timbú será colocado en una rueda de tormento hasta que se le quiebren todos los huesos, y luego expuesto a las aves de presa). Siripus oye su condena con sangre fría y sale después de contundentes maldiciones dirigidas a los españoles. Una última escena, a manera de colofón, presenta el nombramiento de Mosquera como virrey a cargo, y anuncia sus desposorios con su enamorada Isabella. Gavot parte a España a buscar refuerzos, no sin recomendar a Mosquera (a pesar de la terrorífica tortura impuesta por él mismo a Siripus): “With Mildness rule, ‘twill gain each Subject’s Heart; / Kind Moderation is the chiefest Art” (54).

La novela de Guerra es más afín a la recreación de Moore, en la misma versión del nombre del cacique (Mangora en los dos casos, aunque esta lección puede llegarle de Funes y de Charlevoix) y en su fantástico escenario de poder y riquezas. No hay pruebas, empero, de que ninguna de nuestras dos autoras haya leído la obra.³⁹

En 1916, el crítico Alfredo Colmo, desestimando toda posible conexión de *Mangora* con el *Siripo* de Lavardén y con cualquier otra obra rioplatense de similar temática, coloca la tragedia inglesa como ejemplo de los despropósitos en que pueden incurrir autores extranjeros cuando fantasean sobre temas y escenarios cuya historia e idiosincrasia desconocen (Colmo, 1916: 306-315). Tanto Colmo como Mariano Bosch (1944) se refieren a otra tragedia que pudo haber estado relacionada con la de Lavardén: se trata de *Lucía Miranda*, del jesuita Manuel Lassala, publicada en Bologna en 1784⁴⁰, y que se habría basado en las crónicas jesuíticas, así como —según Bosch— en *Alzire ou les américaines* (1736), de Voltaire. En esta última obra, cabe aclarar, son los españoles los captores de la bella princesa inca Alzira, y el gran enemigo, como no podía ser menos tratándose de Voltaire, es el fanatismo religioso y la opresión política concomitante; contrariamente al caso de Lucía Miranda, el final es feliz, y los nuevos esposos, Alzira y Zamora, abrazan libremente la fe cristiana y gobiernan con justicia el Perú (Núñez, 1997, III)⁴¹.

Por fin, cabe señalar que, según Juan María Gutiérrez, el poeta Esteban Echeverría habría bosquejado una obra de teatro sobre el tema. Gutiérrez dice haber encontrado los bocetos de un drama titulado *Mangora* entre los papeles del autor de *El matadero*: “De dos páginas autógrafas que parecen arrancadas de un libro de borradores, tomamos los títulos o carátulas siguientes *Mangora*— Drama en cinco actos. Personas: Mangora, cacique de los timbúes— Siripo, su hermano— Núñez de Lara, comandante— Sebastián Hurtado-Rodríguez Mosquera, capitán— Mendoza, íd.— García, soldado— Diego Miranda, segundo de Lara y padre de Lucía Miranda— Leonor, su criada— Una gitana— Soldados españoles— Indios timbúes— La escena es en la fortaleza de Santi-Espíritu y

³⁶ Recuérdese que Jacques equivale a Santiago, en español, y que Santiago de Galicia es el emblema de España, el "patrono" hagiográfico del imperio católico, el defensor de la fe contra los infieles y herejes. La intención de ridiculizar lo que es más sagrado para los españoles, resulta evidente. Por su parte Jacques señala: “I love all Religions, but the Northern heretics” (30).

³⁷ De aquí en adelante los números se refieren a las páginas de la edición citada de Moore.

sus alrededores. 1583”. (Gutiérrez, 1972, 52). No establece aquí su datación. También en la obra de Moore ya analizada el cacique se llama “Mangora” (aunque lo mismo ocurre en los textos de Charlevoix y Funes) y figura un “Mosquera”, así como una criada de Lucía, llamada por Moore “Francisca”⁴². Pero, como ocurre en el caso de las dos novelistas, ninguna evidencia directa nos remite al texto dramático inglés⁴³.

Conclusiones

Seguir las transformaciones de Lucía Miranda nos lleva a un itinerario fascinante por las perspectivas históricas y culturales. Cada época, marcada por diferentes necesidades, intereses y visiones del mundo, moldea esta historia a su manera. Cada lengua, cada posición — religiosa o laica, americana o europea—, y por supuesto, cada individualidad literaria, le insufla matices diferentes al episodio que alguna vez supo contar (con la ambigüedad necesaria) un cronista mestizo que pasó la vida entre las armas y letras, y que escribía como el español que fue su padre, pero sin haber dejado de escuchar, como en sordina, los ecos de una soterrada y profunda lengua materna.

El “cuento” de Ruy Díaz inspiró la primera obra teatral (el perdido *Siripo* de Lavardén) de tema y contenido argentinos. Y siguió animando, hasta entrado el siglo XX (con la *Lucía Miranda*, 1929, de Hugo Wast) un imaginario de la Conquista signado no ya sólo por guerreros de yelmo y espada, sino por algunas heroínas memorables, no por su condición de inmoladas en la hoguera de las pasiones, sino por su capacidad de construir las elecciones de la propia vida y de la muerte propia, así como el espacio intercultural donde se fundaría la sociedad mestiza y a partir del cual se seguiría discutiendo un futuro posible para los “bárbaros” y para las mujeres en la nación moderna.

Bibliografía citada.

- ASTRANA MARÍN, Luis, 1974, “Introducción al mundo de habla hispana”. En William Shakespeare, *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, Vol. I, pp. 13-123.
- AZARA, Félix de, 1943, *Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata*. (1.ª ed. española de 1847), Buenos Aires, Bajel.
- BARELLA, Julia, 1985, “Antonio de Eslava y William Shakespeare: historia de una coincidencia”, *El Crotalón, Anuario de Filología Española*, N.º 2, pp. 489-501.

³⁸ Es ésta la única situación que podría vincular la obra con el *Siripo* de Lavardén.

³⁹ El Moore que cita Eduarda en varios epígrafes de su *Lucía Miranda* no es éste. Se trata de un homónimo: el poeta irlandés amigo de Lord Byron, que vivió entre 1779 y 1852, y fue autor, entre otros libros, de *Irish Melodies* y *Lalla Rookh*.

⁴⁰ Bosch parece haberla leído, no así Colmo, que toma el dato de los apuntes colocados por Juan María Gutiérrez (quien tampoco había conocido esta obra de primera mano) en la página 66 de un ejemplar de sus *Estudios biográficos y críticos* sobre algunos

- _____, 1986, “Antonio de Eslava y la prosa novelística en los primeros años del siglo XVII”, Íd. *Antonio de Eslava: las Noches de invierno*, Edición crítica, prólogo y notas, Pamplona, Gobierno de Navarra, Departamento de Educación y Cultura-Institución Príncipe de Viana, pp. 13-35.
- BARRÁN, Pedro, 1990 y 1991, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias, T. I. *La cultura ‘bárbara’ (1800-1860)* y T. II, *El disciplinamiento (1860-1920)*.
- BOSCH, Mariano, 1944, *Manuel de Lavardén, poeta y filósofo*, Buenos Aires, Sociedad General de Autores de la Argentina.
- COLMO, Alfredo, 1916, “Un antecedente del ‘Siripo’ de Labardén”, *Nosotros. Revista mensual de Letras-Arte-Historia-Filosofía y Ciencias*, año X, T. XIV, pp. 306-315.
- CHARLEVOIX, Pierre François-Xavier de, 1756, *Histoire du Paraguay*, París, Chez Dessaint & Saillant, Chez David, Chez Durand, 3 T, pp. 29-33.
- CROS, Edmond, 1997, *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*, Buenos Aires, Corregidor.
- DÍAZ DE GUZMÁN, Ruy, 1969, *Historia argentina del descubrimiento, población y conquista de las Provincias del Río de la Plata, escrita por Rui Diaz de Guzman* en el año 1612, Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata ilustrados con notas y disertaciones por Pedro De Angelis. (1ª ed., 1836), con prólogos y notas de Andrés M. Carretero, Buenos Aires, Plus Ultra, T. I, pp. 45-488.
- _____, 1974, *La Argentina*. Prólogo y notas de Enrique de Gandía, Buenos Aires, Huemul.
- ECHEVERRÍA, Esteban, 1958, *La cautiva. El matadero*. Fijación de los textos, prólogo, notas y apéndice documental e iconográfico de Ángel J. Battistessa, 2.ª ed, Buenos Aires, Peuser.
- ESLAVA, Antonio de, 2003, *Noches de invierno*. (1ª ed. 1609), Edición de Carlos Mata Induráin, Pamplona, Fundación Diario de Navarra.
- FUNES, Gregorio, 1910, *Ensayo de la Historia Civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán*, Precedida de la biografía y retrato del autor y con notas de D. José Arturo Scotto, (1.ª ed. 1816), Buenos Aires, Rosso y Cía, T. I.
- GUERRA, Rosa, 1956, *Lucía Miranda*, (1.ª ed. 1860), Prólogo de José María Monner Sans, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Departamento Editorial.
- GUEVARA, José SJ., 1908, *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, Anales de la Biblioteca, Publicación de documentos relativos al Río de la Plata con Introducciones y Notas. Con facsímiles de manuscritos. Noticia del P. José Guevara y estudio crítico de la Historia del Paraguay, Ed. Paul Groussac, Buenos Aires, Imprenta Coni. T. I, v- lxxxvi.
- _____, 1969, *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata ilustrados con notas y disertaciones por Pedro De Angelis, Con prólogos y notas de Andrés M. Carretero, Buenos Aires, Plus Ultra, T. I, pp. 491-826.

poetas sud-americanos anteriores al siglo XIX, 1865 (Colmo, 1916, 315). No hemos podido localizarla en bibliotecas.

⁴¹ *Alzire* tuvo una vastísima repercusión. Fue traducida a varias lenguas, y Giuseppe Verdi se basó en ella para su ópera *Alzira* que fue estrenada en el teatro San Carlo de Nápoles el 12 de agosto de 1845. El libreto pertenece a Salvatore Cammarano.

⁴² Por otro lado, el “*Miranda*”, padre de *Lucía*, nos estaría remitiendo al personaje *Miranda*, con la misma función, en la obra de Lavardén.

⁴³ El erudito filólogo Angel Battistessa (Echeverría 1958, LXXII, n. 216) señala que, si Echeverría dominaba el francés, no ocurría lo mismo con el inglés. Prefería las traducciones francesas de autores ingleses (Shakespeare, entre ellos), en el caso de haberlas, aunque —como demuestra Battistessa— alcanzó al menos a leer la lengua inglesa “siquiera a título de ejercicio, en aquellos casos en que no le era posible disponer de una versión al castellano o al francés.” (C-CI).

- GUTIÉRREZ, Juan María, 1865, “D. Juan Manuel de Lavardén”, *Íd. Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sud-americanos anteriores al siglo XIX*, Buenos Aires, Imprenta del Siglo, T. I, pp. 35-128.
- _____, 1972, “La vida y la obra de Esteban Echeverría”, *Obras Completas de Esteban Echeverría*, Compilación y biografía por Juan María Gutiérrez, 2.^a ed., Buenos Aires, Antonio Zamora, pp. 9-52.
- IGLESIA, C. y SCHVARTZMAN, J., 1987, *Cautivas y misioneros. Mitos blancos de la conquista*. Buenos Aires, Catálogos.
- LAFUENTE MACHAIN, Ricardo, 1942, *Alonso Riquelme de Guzmán. Los Capitanes de acero*. Buenos Aires, s/ed.
- LAVARDÉN, Manuel José de, 1910, *Siripo. Tragedia en verso*, En Puig, Juan de la C., *Antología de poetas argentinos*, Buenos Aires, Martín Biedma e Hijo, T. II, La Revolución, pp. 5-45.
- LOJO, María Rosa y equipo, 2007, *Eduarda Mansilla, Lucía Miranda*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert. Edición, prólogo y notas.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, 1979, *Historia General de las Indias y Vida de Hernán Cortés*, Prólogo y cronología de Jorge Gurria Lacroux, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- LOZANO, Pedro sj. 1873, *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, (1.^a ed. 1755),

- Colección de Obras y Documentos inéditos o poco conocidos, para servir a la Historia Física, Política y Literaria del Río de la Plata, publicada bajo la dirección de Andrés Lamas, Buenos Aires, Imprenta Popular, T. II, pp. 378-434.
- MADERO, Eduardo, 1902, *Historia del Puerto de Buenos Aires*, Buenos Aires, Imprenta de "La Nación", T. I.
- MEDINA, J. T., 1908, *El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España*, Santiago de Chile: Imprenta Universitaria. 2 T.
- MOORE, Thomas, 1718, *Mangora, King of the Timbusians. Or the Faithful Couple. A Tragedy*, London, Printed for W. Harvey at the Receipt of General Post Letters within Temple-bar, and E. Nutt at the Middle Temple Gate in Fleet-Street.
- NÚÑEZ, Estuardo, 1997, *Las Letras de Francia y el Perú: apuntaciones de literatura comparada*, Lima, Universidad Mayor de San Marcos.
- OROVAL MARTÍ, Víctor, 1978, *Aproximación a las Noches de invierno de Antonio de Esclava*, Tesis doctoral inédita mecanografiada, Valencia, Universidad de Valencia.
- OTÁLORA, Alfredo J., 1967, *Antecedentes históricos y genealógicos. El Conquistador Don Domingo Martínez de Irala*, Buenos Aires, Casa Pardo.
- _____, 1970, *Datos y linajes. Nuevos estudios históricos genealógicos milenarios. Domingo Martínez de Irala, Ruy Díaz de Guzmán, El general Miguel Estanislao Soler*, Buenos Aires, Casa Pardo.
- Oxford Dictionary of National Biography*, 2004, Oxford, Oxford University Press.
- ROSSI DE BORGHINI, Ana María, 1996, "Montaigne y Ruy Díaz de Guzmán en *La Tempestad*", *Peregrinaciones de Shakespeare en la Argentina. Testimonios y lecturas de teatro comparado*, Ed. Jorge Dubatti. Buenos Aires, Centro Cultural Ricardo Rojas, Universidad de Buenos Aires, pp. 119-123.
- ROTKER, Susana, 1999, *Cautivas. Olvidos y Memoria en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel.
- SOLER, Amadeo P., 1992, *Lucía Miranda. A la luz de los versos de Celestina Funes*, Rosario, Amalevi.
- TECHO, Nicolás del, 1897, *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*, (1ª ed. 1673), Versión del texto latino por Manuel Serrano y Sanz, con un prólogo de Blas Garay, Madrid, Librería y Casa Editorial A. de Uribe y Compañía, T. I.
- VORÁGINE, Santiago de la, 1987, *La leyenda dorada*, 2.ª reimpr., Traducción del latín por Fray José Manuel Macías, Madrid, Alianza Editorial, T. I.
- WAST, Hugo, 1977, *Lucía Miranda*, (1.ª ed. 1929), Buenos Aires, Plus Ultra.

Enciclopedias

- ERC. *Enciclopedia de la Religión Católica*, 1950, Barcelona, Dalmau y Jover, 7 T.
- TCE. *The Catholic Encyclopedia*, 1910, New York, Robert Appleton Company, Vol. IX <<http://www.newadvent.org/cathen/09414a.htm>>
- TNEB, *The New Encyclopaedia Britannica*, 1995, 15.ª ed. Chicago, Enciclopedia Britannica, Inc. 29 T.